

mentos en que creía llegar al fin propuesto....

—¿Y ahora?

Fabregues, que se había puesto alegre como un cielo de marzo después de una tormenta, volvió á entristecerse de nuevo.

—Ahora ha vuelto á sus titubeos de antes, no quiere ver que no he economizado nada, tiene miedo al porvenir, se asusta de mi desorden. En una palabra, el pronóstico de Rousseau se ha cumplido solo á medias. El Mont-Dore me aprovecha... He conquistado una reputación. Me han adornado con un mote expresivo: ¡El doctor Mont-Dore! Pero París solamente proporciona la fortuna y París ha permanecido sordo á mis súplicas. En todo el invierno vienen treinta clientes á mi casa. ¡Y qué clientes! Porteros, criados, vecinos sin un céntimo. Los que pagan bien, no quieren un médico nómada que no se halle en casa cuando se pongan enfermos... y van á casa de otros. ¡El doctor Mont-Dore! Este título me desgarró los oídos. No seré jamás otra cosa. Me como en ocho meses en París más de lo que gano durante la estación y á veces me falta.. En una palabra: ¿Puedes prestarme quinientos francos? Siento que Elena se me escapa, que trabajan para arrebatarame lo único que he podido obtener de ella, su amistad.

Bordat hizo un gesto como si se tragara un hueso, pero dijo:

—¿Veinticinco luises, por qué no? Vete mañana á mi casa. ¿Tomas café?

—No, estoy demasiado nervioso.

—Se ve... se ve...

Fabregues sacó su reloj.

—¡Ya las ocho!—dijo.

—¡No estás quieto un momento! ¡Parece que tiene alfileres la silla!

—¡Es verdad!

En aquel momento se produjo un incidente.

Dos señoras entraban en el restaurant, y con la mirada buscaban una mesa.

—¡Caramba, la baronesa y su sobrina!—exclamó Bordat.

La mesa vecina á la suya estaba vacía. Con un gesto se la indicó á sus clientes, que aprovechando la indicación se instalaron en ella.

—Preséntame—dijo Fabregues saliendo de su sueño.

—El doctor Fabregues, uno de mis amigos.

La tía se inclinó familiarmente.

—Si no me equivoco, me parece que hemos visto ya á este caballero en el Grand-Hotel.

—Sí, cierto.

—¿Sois médico, caballero?

El nivernés contestó:

—Uno de mis mejores camaradas, señora, hemos estudiado juntos; Fabregues se ha creado una especialidad.

—¿Cual?

—Ha estudiado bien cuanto se refiere á las aguas minerales y el empleo que de ellas debe hacerse.

—¡Ah!

—Pasa la estación de baños en Mont-Dore.

—¡Caramba! Pues me han hablado precisamente de ese balneario. Hasta me lo han aconsejado varias veces para mi sobrina, porque ¡ay! caballero—dijo, dirigiéndose á Fabregues,—necesitamos del socorro de la ciencia. Tenemos una salud débil, delicada...

—Exageráis, señora.

—No; lo que os digo es demasiado cierto... Matilde está muy débil.

La buena señora envolvió á la joven en una mirada compasiva.

La sobrina se había sentado de espaldas á los cristales que daban frente á la Opera.

Se encontraba frente á frente de Fabregues, que la miraba con la fijeza del médico que juzga de un enfermo.

La tía no se apercibió de este examen, por la llegada de los mozos.

La señora gruesa se instaló en un diván, al lado de su sobrina, y pidió á los mozos con la autoridad y el aplomo que dan la costumbre.

Mientras tanto, la joven miraba á su vecino, estrañándose de la fijeza con que la escudriñaba.

Se le figuró que en los ojos de Fabregues había una gran dulzura y casi una gran piedad por ella.

Se inclinó hacia él y le preguntó:

—¿Creeis que las aguas de Mont-Dore me sienten bien?

—A primera vista supongo que sí. En enfer-

medades como la vuestra suelen ser eficaces; pero sería preciso hacer un estudio menos superficial. He visto curas admirables... Nuestras aguas son muy activas, casi violentas. Se necesita usarlas con excesivo cuidado.

La tía intervino.

—Me gustan poco los paises montañosos. Los cambios de temperatura son bruscos, pero con precauciones... ¿Cuánto tiempo necesitaríamos.

—Unos veinte dias... El terreno es admirable... ¿No lo conoceis?

—No.

—Es digno de verse.

—Podríamos probar, si os parece.

—Es indispensable una consulta en casa de mi amigo, si así lo deseais.

Bordat estaba satisfecho solamente á medias.

Fabregues había plantado la era en su terreno.

Pero la interesada contestaba diciendo:

—Sí, sí, mañana en casa del doctor, ¿es posible?

—¡Como querais!

—¿A qué hora?

—Estoy á vuestras órdenes.

—¿A las diez, os conviene?

—¿No será demasiado temprano para vos?

—¡Oh!—dijo la tía,—las campesinas madrugan.

—Entonces es cosa decidida.

—Fabregues miró de nuevo el reloj. Estaba en ascuas.

—Las ocho y diez— exclamó; — señoras os pido permiso para retirarme.

Y tendió la mano á su amigo diciendo:

—Hasta mañana.

—Adiós.

Y salió precipitadamente:

—Mucha prisa tiene vuestro amigo—dijo la señora.

—¿Qué quereis—contestó Bordat con sorna, —la celebridad no le deja á uno momento de reposo!

Al salir Fabregues se dirigió hacia la Magdalena.

El día tocaba á su término, el gas alineaba sus luces á lo largo de las aceras y los paseantes se hacían cada vez más numerosos, atraídos al exterior por los encantos de una hermosa tarde de primavera.

Llegado que hubo á un extremo de la plaza, el doctor acertó el paso y fué á colocarse bajo los árboles del mercado de flores, frente á una casa cuyo primer piso se hallaba brillantemente iluminado.

El gascón había indudablemente experimentado una viva emoción, porque á pesar de la temperatura, que no tenía nada de excesiva, respiró ruidosamente y se limpió el sudor de la frente.

A Dios gracias llegaba á tiempo.

Las ventanas de aquel primer piso estaban muy altas: no había muestra alguna, sin duda por lo conocida que debía ser aquella casa.

Su dueña, la señora Delibet, gozaba de una reputación europea; las elegantes se disputaban sus favores á fuerza de billetes de Banco.

El corazón de Fabregues parecía latir más fuertemente que otras veces, al mismo tiempo que se paseaba por debajo de los árboles.

Cada vez que iba á esperar á la mujer de sus sueños delante de aquella fachada que la ocultaba á su vista, experimentaba una sorda cólera contra su destino.

Allí era donde Elena Brunoy, aquel diamante sin precio, se veía obligada á trabajar, porque él no tenía una fortuna que ofrecerla, ó mejor dicho, porque la joven se obstinaba en rechazar sus ofertas, al mismo tiempo que le demostraba una verdadera amistad, peligrosa para su reposo, y que alimentaba en su espíritu una pasión que el tiempo exasperaba.

Y ella, expuesta á las mil aventuras, á las insolencias de los compradores, á las exigencias de la dueña, antigua empleada como ella, que se había establecido gracias á la generosidad de un viejo que la había hecho célebre gastándose cien mil francos en anuncios, entregada al fin á todas las tentaciones que su hermosura hacía cada vez más vivas y más frecuentes.

Desde hacía algún tiempo las inquietudes del doctor se habían recrudecido.

Elena, que hasta entonces había sido razonable, fría cuando se trataba del dinero, buena y complaciente, le parecía ahora caprichosa y voluntaria, casi exigente y desdeñosa.

Ella no decía nada; pero Fabregues adivinaba un misterio.

El mismo estaba excitado y roído por unos secretos celos. La amistad de aquella joven era la única alegría que había experimentado desde su juventud. Pero en cambio, qué de sufrimientos.

Sus padres, casi ricos, habían visto venirse abajo su posición bajo el influjo de una plaga desconocida.

Obligados á vender, casi por nada, sus propiedades, habían muerto poco después de pena, no dejándole ni con qué pagar sus estudios.

Desde entonces había tenido que ingeniarse para vejetar en el barrio latino, haciendo la vida que hacen los estudiantes pobres.

Sin Bordat, que le ayudaba de cuando en cuando y que le animaba para que se fuera á provincias, sabio consejo que él no quería seguir, roído como estaba por sus apetitos de goces y la fiebre de los placeres que pudiera llamarse muy bien el tifus de París, hubiese sido expulsado más de una vez de su humilde habitación por no pagar el alquiler; al fin, cuando encontró á Elena la fortuna le había sonreído.

Sin embargo aquellas relaciones que la joven había sostenido en los límites de una amistad afectuosa, nacida de una vecindad tan peligrosa como la rueda de un molino no había sido para Fabregues más que una causa de preocupaciones y de sufrimientos, una traba

para su libertad de acción y un desastre para su porvenir.

Dotado de un carácter violento y sospechoso, queriendo con ardor, celoso en demasía, tenía horror á la posición que debía á los consejos del doctor Rousteau, y le odiaba á causa del destierro que ella le imponía y al cual Elena no podía ni quería seguirle, á esto se unía los días de vacaciones que la joven pasaba en casa de su prima en la taberna de Murols.

Se unía á esto las mil dificultades que la joven ponía para la realización de sus esperanzas que, reforzaban más fuertemente la cadena que el mismo se había atado.

Sus caprichos, sus bromas, sus desprecios pasajeros, sus coqueterías de muchacha, que comprende que es ardientemente adorada, no habían logrado más que aumentar su cariño.

Permanecía con los ojos fijos en las ventanas cuando poco á poco las luces fueron apagándose, se vieron pasar algunas sombras por detrás de los cristales, el enamorado vió por fin abrirse la puerta.

Un enjambre de obreras, mujeres más ó menos elegantes, vestidas de negro, salieron y se dispersaron en todas direcciones.

Fabregues dió un paso hacia adelante.

Una joven la última de las que salían, acababa de poner los pies en la acera.

Paseó una mirada alrededor suyo y en la oscuridad distinguió la silueta de un hombre.

Una de sus compañeras que se había parado

en la acera á alguna distancia, la preguntó:

—¿No venís, Elena?

—No.

—¿Qué, está ahí?

La otra no contestó más que por un signo de cabeza, y atravesando la calle se dirigió á Fabregues.

—¡Soís vos?—le dijo duramente.

—Sí.

—Perdéis el tiempo... No le tengo libre.

—¿Por qué?...

—Porque tengo que hacer.

—¿El qué?...

—¡Cuánta pregunta!... Un trabajo urgente, algunos encargos. Tengo que comprar un sombrero. Nos regalan un palco para que vayamos el viernes á Variedades... y además...

—¿Además qué?...

—Que estoy cansada, aburrida, enferma, y... si hay que decirlo todo, necesito estar sola.

—Sí, decid de una vez que os canso, que mi presencia os molesta... os es una carga pesada.

—Ya tenemos lo que yo me temía, una mala escena... Estaba escrito que no podría evitarla. Desde las ventanas os he visto pasearos, ir y venir como un tigre enjaulado. Decid pronto cuanto tengais que decir, pero en seguida.

La joven iba andando á su lado.

Se dirigieron hacia la calle de Seze, volvieron por la calle Vignon y salieron al boulevard sin cambiar palabra.

Al fin, la joven, dió un golpe en el suelo con impaciencia.

—Ya sabéis que estoy esperando—dijo,—y parece que gozáis con que pierda el tiempo. ¿Vamos, qué os ocurre?

—Me ocurre que os amo más ardientemente que nunca y que necesito una solución. Soy capaz de sacrificarme por vos, y vos no tenéis en vuestro corazón nada para mí, ni siquiera la amistad de antes.

—¡Ah, caramba!—exclamó.—¡Qué tontería! ¿Si no os tuviese amistad, estaría aquí escuchándoos?

—Pero...

—¿Perdería el tiempo dando vueltas por las calles en vuestra compañía? ¿Creéis que no tengo nada más útil en que emplearlo?

Pronunció estas últimas palabras con una coquetería maliciosa, parándose á cada palabra.

Era verdaderamente hermosa de rostro. El entusiasmo de Fabregues en las descripciones que hacía de ella á Bordat no tenía nada de excesivo.

Elena Brunoy era una magnífica muchacha de veintitrés años, con cabellos castaños de un color blanco mate admirable, con unos rasgos de delicada finura, de hermosos ojos de un azul oscuro, muy francos, resguardados por pestañas espesas y negras.

Sus frescos labios respiraban salud. Lo que tenía de más notable era su estatura, en armo-

nía perfecta con un cuerpo joven y fuerte, de excelente salud, la amplitud de su pecho y las maravillosas líneas de su cuello.

—Pensais—continuó diciendo—que no sería difícil verme libre si quisiera. Acaso los hombres que van al almacén con sus mujeres, gentes para quienes los billetes de mil francos no tienen ningún valor al ver el uso que de ellos hacen, no me dicen á diario palabras que no son para repetidas ahora. ¿O es que no veo bien comparándome con las que les acompañan, y se me figura que no me costaría gran trabajo igualarme á ellas si quisiera?

—¿Qué cínica estais!

—Cínica no. Digo lo que es. Tengo ojos y oídos... Y además sé leer...

El gascón se puso lívido.

—Leer... de modo que os escriben.

—Lo han hecho más de una vez.

—Y que os han dicho.

—No puedo acordarme. Contesto claramente á vuestras preguntas. Vuestros celos me exasperan. Podría estar en otra cualquier parte si tuviese idea de no trabajar. Es preciso que lo sepais. Hablando francamente toda falta me repugna, tengo el orgullo de decirlo. Me estais siempre echando en cara que no tengo nada en el alma. No teneis razón.

Su voz se hizo dulce súbitamente.

—Siento por vos una gran amistad; pero me asustáis con vuestro carácter sombrío, con vuestras ambiciones desmedidas, con vuestros de-

seos de fortuna, con vuestras aspiraciones de brillar y de dominar á todo el mundo.

—¡Sólo por vos, Elena!

—¿Os lo exijo yo?... Sola, pobre, libre, ganando lo bastante para mí, no tengo más que un temor: los años, que vuelan; las enfermedades que puedan venir; soy sencilla, mientras que vos os remontáis á las nubes... Os veo malgastar los miles de francos que ganáis, sin saber en qué; cambiais cada cinco minutos: tan pronto estáis lleno de esperanzas increíbles como desanimado poco después. En una palabra: tenéis todos los apetitos, sin poseer el medio de satisfacerlos...

—¡Elena!

—¡Ah! he reflexionado mucho y á menudo, creedlo. Lo que hubiese querido, hubiera sido un compañero tranquilo, razonable, que se contentase con poco, con tal que tuviese asegurado el porvenir... y no un amigo nervioso, ávido, irritable y celoso...

La joven se sonrió.

—Y vos sois ferozmente celoso.

—Vos me hacéis que lo sea.

—¿Puedo acaso impedir que las gentes me hablen, que sean galantes, amables?

—Tratan de arrastraros, de perderos.

—¿Y eso qué importa, si no lo logran? Después de todo, tengo veintitrés años, soy independiente y puedo defenderme. Puedo oír cuantas proposiciones me hagan, con tal que las rechace después.

—Eso es lo que yo no quiero.

—¿Y con qué derecho me lo impediríais?

—Con el derecho que me da el amor intenso que os profeso.

—¿Cómo me lo probaríais?

—Con el único medio que tengo, pidiéndoos vuestra mano.

La joven guardó silencio.

Dieron algunos pasos el uno junto al otro, sin pronunciar palabra.

Elena reflexionaba.

Era, en efecto, una prueba de amor, pero muy grande, la que Fabregues le daba. Hasta entonces había visto mucho rico desocupado dar vueltas á su alrededor. Pero ninguno le había dirigido más que proposiciones tales, que las jóvenes, entregadas á todas las incertidumbres de la vida, del aislamiento y de la pobreza pueden oír, cuando la casualidad les ha concedido ese don, á veces funesto: la belleza.

Decía la verdad.

Hubiera podido aceptar, pero no se atrevía. El doctor Fabregues le daba miedo.

Viviendo en la misma casa, él en el entre-suelo, ella en el quinto piso, conocían cada uno la existencia del otro para apreciarla en su verdadero valor.

Elena era elegante, con la inocente coquetería de su edad y de su posición; pero nadie podía dudar de su cordura, y digamos claramente la palabra, por muy retirada que esté en esta desmoralización fin de siglo, de su virtud.

Fabregues, por el contrario, se retiraba tarde, pasaba muy á menudo las noches fuera, en el círculo ó en cualquier otra parte. Dulce á menudo y casi tímido con Elena, tenía á veces accesos de ira que le asustaban.

En fin, detalle horrible capaz de producir una impresión desastrosa en el espíritu de una joven que se bastaba á sí misma: conocía á conciencia los desórdenes del doctor.

Su *groom* Sulpicio, y la portera, una tal señora Gervais, buena mujer, que quería á su inquilina del quinto piso, habían hecho traición divulgando la situación de Fabregues.

El pago de los alquileres se iba retrasando, á pesar de lo cual el gascón, en días de buen humor, tiraba los billetes por el balcón, como vulgarmente se dice.

Fabregues, por su parte, no hablaba más que de sus deseos de fortuna, deseos vancs, aspiraciones impotentes.

Elena se estremecía, temía el porvenir.

—No quiero... No puedo—murmuró al fin.

—¿Por qué?

—Porque para ser feliz necesitáis millones.

Fabregues rechinó los dientes.

—Hay otras causas que os detienen—dijo con sorda voz.

—¿Cuáles?

—¡Qué sé yo! Me ocultáis la verdad.

—¿Con qué objeto? ¿Acaso no soy libre?

El doctor la cogió violentamente un brazo, y mirándola fijamente, dijo:

—Tened cuidado: lo sois todo para mí, el único objeto de mi vida. Todos mis proyectos, mis deseos son para vos. Tenéis un secreto.

—No.

—Alguien os aconseja, os atormenta, os persigue, tratan de arrastraros... Pero no sucederá.

—¿Por qué?

—¿Por qué?—repitió apretándole el puño.— Porque os amo con locura, y no quiero que seáis de otro.

Una gran impaciencia se leía en el rostro de la joven; pero no se enfadó.

Retiró su puño dolorido por los dedos de Fabregues, sin quejarse, y dijo con una voz cuyo timbre se iba haciendo cada vez más punzante y agresivo:

—Está bien; á fuerza de oiros todo eso, me lo sé de memoria. Sois meridional y tenéis los cascos muy calientes. Vais demasiado de prisa. Yo razono más. No basta andar á ciegas; es preciso saber adónde se va á parar.

Sois hombre, podeis vivir bien ó mal, aunque sea en una apartada aldea, visitando á pastores y labradores. Pero yo envejeceré, y si caigo enferma, el hospital me espera, con su fosa común y el escarpelo del cirujano. No tengo padre, madre ni amigos que reclamen mi cadáver.

—¿Y yo?—preguntó con tono suplicante.

—Vos quizás me ameís; pero con vuestras maneras, con el egoísmo de los hombres, lo

quereis todo para vos y no para los demás.

—Os juro...

—Dejadme hablar, también yo tengo algo pesado en el corazón.

Hizo un gesto como si hubiese tragado una medicina amarga y mal oliente.

—¡El hospital! ¡qué horror! No me gustaría acabar así. Busco, pues, el medio de salvación, de seguridad. Me veo obligada á escuchar cuanto me dicen. Quizás encuentre un camino para salir de apuros. La vida está llena de casualidades. Se lo he oído decir cien veces á mi maestra.

Fabregues reprimió un movimiento de cólera; era fácil ver que la paciencia se le iba acabando.

—¿Y qué consejos os da vuestra maestra?—preguntó con acento de profundo desprecio.

—Que piense en mi porvenir.

—No podeis pensar lo que sufro viéndoos en esa casa.

—Pues yo estoy muy satisfecha; quizás prefiriérais vos verme en medio de la calle. Vuestros amigos y los míos están en lo cierto.

—¡Mis amigos!—repitió extrañado.

—¿Os aconsejan que os caseis.

—¿Cómo lo sabeis?

—¡Qué os importa! Tienen razón.

—¡Vos sois quien me lo dice!

La joven prosiguió con acento de verdadera ternura:

—Claudio, os aseguro que siento por vos un

verdadero afecto. Una mujer guarda siempre el recuerdo del hombre que ha venido á ella cuando los demás la desprecian, y que le ha hecho oír palabras de consuelo. Pero con vuestras ideas, ¿puedo yo ser para vos más que un obstáculo. Tened un momento de valor.

—¿Y?...

—Renunciad á una quimera. No hemos sido creados el uno para el otro.

—Supongo que no me habláis seriamente.

—Sí.

—Es imposible.

Se hallaban cerca de la parada de ómnibus de la Magdalena, despues de haber dado cien vueltas por la manzana de casas de la calle Vignon. Elena dirigió una mirada al cuadrante del reloj. Señalaba las nueve.

—¡Ya tan tarde! —dijo.—Memarcho; otro día hablaremos.

—¿Tenéis prisa?

—Sí.

—Os estarán esperando quizás.

—¡Qué tonterías!

—¿Vais á casa?

—Ahora mismo.

Se dieron la mano.

—Reflexionaréis—le dijo Elena—y comprenderéis que es el partido más sabio. ¡Pobres de los dos! ¿Qué sería de nosotros?

El la siguió hasta la calle Vignon.

Llegaron ante la gran puerta de la casa que forma esquina con el boulevard.

—Buenas noches; yo la pasaré malísima, y vos tenéis la culpa

—¡Bah!

—Os amo con pasión, con furor.

—¡Qué fastidiosos son estos exaltados!

—Tenéis á gala el atormentarme.

—¡Qué horror!

—¡Gozáis viéndome sufrir!

—Creed que no.

—Si amáseis á otro, no sé de lo que sería capaz.

—¡Me mataríais quizás!—dijo la joven dulcemente.

—Es muy posible.

—Ya lo habéis dicho.

Y soltó una franca carcajada.

—Como médico, tenéis el mismo derecho á hacerlo que cualquier otro.

—No digáis tonterías. Tengo el corazón muy triste, os lo aseguro.

Tocó con la punta de los dedos el botón del timbre.

—¿Cuándo os volveré á ver?—le preguntó.

—Lo mejor sería que no nos viéramos jamás.

—¿Mañana?

La muchacha reflexionó dos segundos.

—Si así os agrada...

—Pues buenas noches.

—Adiós.

La puerta se había abierto.

La joven entró ligera como un pájaro, empu